

Largo Viaje hacia O'Neill

"Una obra de antiguo dolor, escrita en medio de lágrimas y sangre". Así define Eugenio O'Neill su última obra "Largo viaje hacia la noche". Y agrega en la dedicatoria del drama: "La fe en el amor me permitió enfrentar a mis muertos y escribir esta obra".

Enfrentar a sus muertos. Tarea sagrada, difícil, que marca el apogeo del poder creativo de un escritor. Después de veintiocho años de producir dramas y comedias sobre diferentes temas, O'Neill enfermo y quizás presintiendo su fin, abandona todo lo que le es ajeno, todo lo exterior y enfrenta sus muertos... Es decir, se concentra en su propia experiencia vital, se sumerge en sus recuerdos y recrea los personajes decisivos de su formación: su padre, su madre, su hermano, él mismo.

"Largo viaje hacia la noche" es una obra autobiográfica y no un álbum de recuerdos. Quiero decir que jamás el autor se abandona al simple comentario nostálgico o al periodismo familiar, sino somete su experiencia al riguroso proceso de densificación y clarificación dramáticas.

A la vez, por ser ésta una de sus últimas obras, es el fruto de una experiencia riquísima, tanto sobre la literatura como sobre la vida misma. Por eso "Largo viaje" aparece como obra-resumen de todo el pensamiento o'neilliano sobre el drama del hombre, sobre el choque entre sus altas aspiraciones y su fracaso.

De ahí la importancia de esta composición. Pese a la austeridad de su desarrollo, ella se ha impuesto en Estados Unidos y Europa como un análisis capital de las más ocultas verdades del ser humano. Para todos los críticos es, sin discusión, una obra maestra.

Cuatro son sus personajes. James Tyrone, el padre, un famoso actor de sesenta y cinco años, avaro y aficionado a la bebida. Su esposa, Mary, una mujer de salud frágil, de extrema nerviosidad que linda con lo patológico. El hijo mayor se llama Jamie, un holgazán que muestra "signos de desintegración prematura". Sus intentos de trabajo fracasan, y no tiene más programa que el whisky y las mujercillas. El otro hijo es Edmund y representa al propio Eugenio O'Neill. Es un poeta sensitivo, enfermizo, que admira a su hermano y que vaga de aventura en aventura.

El padre, en la obra y en la realidad, ha hecho una carrera brillante interpretando Romeos, Hamlets, Casios. Pero aparece en su vida "El Conde de Montecristo", un bodrio romántico que le puede dar más éxito y dinero que todo Shakespeare. Tyrone vende su alma al diablo, renuncia al teatro clásico y se dedica a recorrer Estados Unidos con su Montecristo. Se hace rico, pero pierde su dignidad artística. Y el joven Edmund-Eugenio crece en las piezas de los hoteluchos y en los camarines sin aire, odiando el teatro romántico y la paabrería sin verdad humana. Además, quizás, despreciando a su padre... Su odio a Montecristo es una de las palancas importantes del O'Neill autor dramático, la que lo hará buscar el camino del realismo primero y del expresionismo, después.

El Edmund de "Largo viaje" es un retrato fiel del escritor, con todas sus miserias a la vista. Tiene veintitrés años de experiencias infortunadas: continuas borracheras con su hermano y compañías dudosas en casas de mala reputación; expedición a América Central buscando oro, de la que vuelve aquejado de fiebre tropical; viajes a Buenos Aires y Sudáfrica como marinero. El resultado de esta vida aparece de repente: tuberculosis.

En la realidad, esta desgracia marcó el principio del progreso de O'Neill. Enviado a un sanatorio durante seis meses, este período de reposo forzado lo obligó a reflexionar. Allí se concretó su vocación de dramaturgo y dos años después escribió su primera obra.

Pero en "Largo viaje", la enfermedad de Edmund no es el principio de ningún progreso. Al contrario, es un fantasma que ronda en casa de los Tyrone, asustándolos y empujándolos a dudosos modos de evasión. El padre y Jamie, por ejemplo. Con el pretexto de o'vidar, se emborrachan casi a diario. Edmund se deja arrastrar por su hermano, y así su salud empeora por días. En cuanto a Mary, el desmoronamiento de ellos la impulsa a su única escapatoria posible, la morfina. Y es el temor a este vicio lo que atormenta y envilece a los demás.

Se trata, pues, de un verdadero círculo vicioso, de una ronda infernal que no parece tener salida. Los cuatro se aman. Pe-

ro este amor, contaminado de pequeños egoísmos, no es capaz de sacrificio total, redentor, único medio que podría romper el círculo fatídico.

O'Neill declara que escribió esta obra "con profunda compasión, comprensión y perdón" para los cuatro alucinados Tyrone. Pero la compasión del autor o la que sienten los personajes, unos por otros, no alcanza a constituir un principio de absolución. Para O'Neill, ellos son condenados.

Desde un punto de vista técnico, resulta curioso pensar que el dramaturgo que intentó todas las renovaciones, escribió una obra tan sencilla como "Largo Viaje hacia la Noche". El discípulo del expresionismo alemán, el estudioso de la psicopatología, según Freud, que llegó a escribir obras que parecían la ilustración de sus teorías, el escritor que trató de incorporar al teatro los procedimientos introspectivos de la novela, para su confesión final adoptó la simplicidad naturalista. En "Largo Viaje" no hay la menor novedad técnica, ni la más mínima audacia experimental.

Pero hablar de naturalismo respecto a esta obra no es exacto. No se ve en ella el afán de pintoresco o de "color local" propios de la tendencia naturalista. Aquí los personajes están expresados con una verdad y una trascendencia tan punzantes, que la obra adquiere categoría de hipótesis pesimista de la existencia.

La acción externa en esta obra es escasa, casi nula. Hay pocos acontecimientos, ninguna sorpresa. Es en verdad un largo viaje hacia el interior de cuatro personajes. Y cada acto arranca nuevos velos de cada conducta, descubre nuevos móviles, nuevos recodos del alma humana. Es decir, la acción es por completo interna y de orden psicológico.

En el campo de las ideas, resulta también excepcional esta obra comparada con las demás de su autor. O'Neill, típico dramaturgo de nuestro siglo, tenía la pasión de los "problemas". Todos los grandes conflictos de la época ocuparon su mente y dedicó muchas obras a esclarecerlos. "El Emperador Jones" y "Todos los hijos de Dios tienen alas" abordaron aunque tangencialmente el "problema" de la raza negra; "Dinamo", el antagonismo del hombre y la máquina; "El mono velludo", la crisis social; "Lázaro rió" y "Electra", la posibilidad de una religión con un nuevo dios. En 1940, después de producir más de veinte obras, O'Neill parece cansarse de los "problemas". Quizás llega a la conclusión de que los principios abstractos no valen en teatro por sí mismos, sino en cuanto se encarnan en seres vivos, produciendo y resultando a la vez de una verdad individual. (1)

O quizás se convence de que los "problemas" generales envejecen y las obras que los tratan resultan, después de un tiempo, "incomprensibles". Shakespeare, a quien citan los Tyrone a cada momento, Molière, jamás abordaron un "problema" general; siempre trabajaron con individuos cuya significación rebasaba lo individual y adquiría una trascendencia general.

El hecho visible es que O'Neill abandona toda posición de beligerancia ideológica, toda pretensión intelectual y se sume con todas sus potencias en lo más hondo de las raíces del ser humano. Y como sabe que las trasmutaciones y alquimias que ocurren bajo la superficie no se pueden inventar, recurre a los personajes que conoce a fondo, aquellos cuyos móviles y justificaciones observó durante años.

Si sus conclusiones son desoladoras, si "Largo Viaje" es una obra pesimista, hay que reconocer, sin embargo, que en ella se vislumbran tenues luces de esperanza. El temperamento irlandés y animoso de la familia aparece a momentos bajo los escombros. Y la fe religiosa, detenida en cuanto a prácticas, centellea a lo lejos, en las pomposas mentiras del padre y en los recuerdos de Mary: "Fuí al santuario y le recé a la Santísima Virgen y encontré de nuevo la paz, porque comprendí que Ella me oía, me amaría siempre y me protegería de todo mal, mientras no perdiera mi fe en Ella".

La paz, la fe... Todo lo ha perdido la pobre Mary, pero se aferra a la esperanza, a su esperanza de sonámbula: "¿Qué es lo que ando buscando? Sé que es algo que perdí. Algo que necesito con urgencia. Recuerdo que cuando lo tenía, nunca tuve miedo, ni me sentí sola. No puedo haberlo perdido para siempre. Me moriría si fuera así. Porque entonces no habría esperanza".

Fernando Debesa